

quien le comunicó el nombramiento “para que escriba las biografías de los Señores Ministros de Relaciones que han desempeñado ese cargo desde el año de 1821 hasta la fecha, asignándole por dicha labor la cantidad de cien pesos mensuales”.

Fueron publicadas entre mayo de 1911 y abril de 1913 en el *Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores*, en los tomos XXXII a XXXV, que inician con José Manuel de Herrera y terminan con la biografía de Julio Zárate.

Las *Noticias biográficas de los ministros de Relaciones de la nación mexicana*, de José Juan Tablada, tienen como propósito elaborar un retrato elogioso de cada personaje, con un fin edificante y moralizador, para que las hazañas ahí narradas sean tomadas en cuenta como ejemplo para que impulsen a realizar obras de igual magnitud.

Están dirigidas a resaltar las virtudes cívicas y el patriotismo de un puñado de hombres relacionados con la actividad internacional de México en diferentes etapas de la historia. La obra, además, nos revela a un Tablada extrañamente liberal, panegirista de los cancilleres que contribuyeron a la construcción de la política internacional de México y empeñado en hacerlos sobresalir en su circunstancia histórica. Llama la atención comprobar que, como es una tradición en la Cancillería que se mantiene hasta la actualidad, connotados escritores fueron responsables de esta importante cartera.

Es cierto que las *Noticias* no tienen una extensa investigación pero el esmero del autor como biógrafo no puede discutirse, y tampoco puede dejarse de lado su validez histórica, ya que trazan un retrato de los personajes y ayudan a entender mejor su desempeño en la administración pública.

Desde el punto de vista del historiador, la debilidad de las biografías de Tablada estriba en que el interés de éstas es ante todo ético y moral y que su veracidad pueda ser impugnada al prescindir de la documentación que sustenta el relato.

Sin embargo, la acuciosa investigación de Jorge Ruedas de la Serna pone a nuestro alcance en este libro las treinta tres biografías, que no habían sido recogidas en una publicación, con un cuidadoso prólogo que estudia el género biográfico y permite entender mejor la naturaleza y el propósito de los relatos de Tablada. El trabajo de Jorge Ruedas revela las fuentes que empleó el autor, principalmente las notas biográficas escritas por Francisco Sosa, y convierte las *Noticias biográficas* en un documento que contribuye a reivindicar la presencia de los cancilleres en la historia de México, recobra a figuras de inmensa importancia en el siglo XIX y nos descubre a un talentoso investigador de personajes. Éstos son, a mi parecer, algunos de los méritos del trabajo de Ruedas de la Serna.

Mercedes DE VEGA

Sergio UGALDE, *La poética del cimarrón. Aimé Césaire y la literatura del Caribe francés*. México, Conaculta, 2007. 134 pp.

Lo que nació en 1999 con el título de “Aimé Césaire o La estética del cimarrón”, nueve años después ve la publicación como *La poética del cimarrón*. Este trabajo, que inicialmente sirvió para la titulación de Sergio, se convirtió, para fortuna de todos, en un conjunto de ensayos que, sin renunciar al rigor de la academia, sabe incorporar la voz y la

emoción personales. En efecto, son los ojos y la sensibilidad de Sergio los que nos guían por el abigarrado paisaje de las Antillas y el no menos barroco de su literatura.

Desde las primeras líneas, en el apartado que lleva por título “Tejer imágenes” y que sirve de introducción, se nos dice que el impacto producido por los versos del *Cuaderno de un retorno al país natal* “era una mezcla extraña entre el caos y la hermosura”, imagen reforzada con una evocación de Rimbaud: “Senté a la belleza en mis rodillas y me pareció amarga”, en la que también se conjugan dos experiencias radicales: la del arrobamiento frente a la belleza con la del dolor y la amargura producidas por el caos del mundo.

En todo caso, el recorrido que iniciamos por el espacio poético de Aimé Césaire es el del progresivo descubrimiento íntimo de un lector atrapado en su ser más profundo por las redes de una palabra que supo captar la “belleza amarga”. El verbo del poeta busca descifrar y expresar un universo que se le presenta como un caos y, así nos precisa Sergio, cuya belleza nada tiene que ver con la concepción clásica asociada al equilibrio de las formas. El esfuerzo intelectual y racional resultó si no insuficiente, irrelevante, ya que el estrato del ser convocado por la palabra de Césaire es, en cierto modo, ajeno a la lógica y a la razón.

No vamos repetir el itinerario recorrido por Sergio a través de las tentativas de respuesta que los grandes pensadores formularon a tan ingentes interrogantes del ser humano acerca del origen y los mecanismos del placer estético. Está claro que las categorías y conceptos inherentes a la lógica resultan inaplicables en esta materia. Pero sí es necesario subrayar que, en su búsqueda, dos lecturas clave vinieron a despejar parte de las dudas de Sergio: por un lado, la de las demás obras del mismo Césaire (una manera de reforzar la experiencia inicial) y, por el otro, la de *La expresión americana* de José Lezama Lima.

Tejiendo hilos de aquí y de allá, que si Césaire inaugura o no la literatura caribeña en francés, que si lo que escribe sólo se entiende en su relación dialéctica con el entorno y el momento histórico, Sergio encontró en la idea de “era imaginaria”, propuesta por el cubano, la formulación que más se acercaba a lo que los textos de Césaire le sugerían, es decir, que lo que de ellos se desprendía eran “una imagen y una imaginación del mundo”.

Decíamos pues que la primera parte del libro resulta clave para la articulación de toda la secuencia; en ella Sergio nos introduce en el proceso que lo llevó a adoptar las referencias teóricas aplicadas a su análisis y, como dijimos, en especial las de Lezama Lima. La lectura de *La expresión americana* resulta una especie de revelación en el sentido de que la idea de “eras imaginarias” como manifestación del poder aglutinador de la imaginación en torno de ciertas imágenes estructurantes, en un momento dado y en una civilización determinada, calaba perfectamente en el fenómeno que él pretendía aprehender, analizar y reformular.

De este modo, los siguientes capítulos: “Las islas del cronista”, “El indígena ausente: araucos y caribes”, “El Plantador beké y su jardín privado”, “Los Negros esclavos” y “La persistencia creadora: el cimarrón” constituyen el bloque central a lo largo del cual Sergio revisa la gestación de un imaginario antillano en el que la historia dejó un sello doloroso y definitivo. El séptimo apartado, “Ocho postales para el viejo cimarrón”, aparece como una secuencia de instantáneas hilvanadas por el hilo conductor de lo que sería “una poética de la libertad”.

De todas esas imágenes analizadas por Sergio para desentrañar los hilos con los que se teje la poética de Aimé Césaire es fundamentalmente la del cimarrón la que mejor

expresa ese universo estético, la que mejor vehicula lo que el propio Sergio describe como “una literatura en huida”. Para desembocar en este punto, hubo que recorrer con ojo agudo los peldaños literarios anteriores, desde los remotos momentos en que la mirada y la pluma de cronistas y viajeros se dieron a la tarea de dejar testimonio de sus vivencias en las exóticas tierras caribeñas, hasta el doloroso despertar de una conciencia injustamente amordazada.

Al igual que en otras latitudes de ese Nuevo Mundo, hacia el que convergieron las miradas y apetencias de los imperios europeos, los recién llegados al archipiélago entendieron la importancia de consignar por escrito sus experiencias, ya fuera por la necesidad de rendir cuentas a la metrópoli, ya por un impulso personal ante lo insólito del nuevo entorno. (Hernán Cortés, Bernal Díaz, Jacques Cartier...) En todo caso, por lo general estos textos reflejan ideas preconcebidas emanadas de un imaginario que hincaba sus raíces en el renacimiento europeo. En un primer tiempo, los testimonios de misioneros, enviados oficiales de la Corona francesa o aventureros daban cuenta de la perplejidad o del arrobó, del asombro o del azoro que esa nueva realidad les producía; así lo confirman, entre otros, los textos del Padre Labat, de su cofrade Du Tertre o del pirata Oexmelin. Siempre desde la visión del vencedor, a lo largo del periodo colonial y aun después de la abolición de la esclavitud, no fueron raros los viajeros o los colonos establecidos en las islas que recurrieron a la escritura para plasmar sentimientos y vivencias sobre las que se forjó una imagen idealizada de ese universo. Bien conocidos son los clichés que nos lo presentan como un paraíso en el que naturaleza y habitantes forman un todo idílico, cual cartel del Club Méditerranée. En realidad, muchos de los escritos del propio Césaire, de René Ménéil, de Depestre y de tantos otros de los que fundaron la revista *Tropiques*, pugnaron por destruir esas imágenes perversas que impedían una percepción desde la propia mirada del antillano.

Éste fue el paisaje literario en cuya tinta se mojaron las primeras plumas de los escritores locales. Imágenes y estereotipos acuñados por el Otro fueron reproducidas por los pioneros de la literatura antillana. Haití, cuyo auge económico dio lugar al surgimiento de una clase mulata que pronto tuvo acceso a la educación, no tardó en alcanzar la independencia en 1804 y con ello se convirtió en la cuna de los primeros escritores preocupados por expresar la realidad auténtica de esos pueblos nacidos de la esclavitud. Sin embargo, tuvieron que pasar algunos años antes de poder desprenderse de esas imágenes impuestas por la visión del otro y de alcanzar la genuina expresión de su identidad.

Otras manifestaciones literarias, sustentadas en una ideología cuestionadora de las relaciones inherentes al régimen colonialista, surgen simultáneamente en el espacio caribeño y en los enclaves negros de Estados Unidos. De fines del siglo XIX al primer tercio del XX, tanto en las Antillas hispanohablantes como en las de habla inglesa y en Nueva York, los vientos soplan en una dirección muy clara: la toma de conciencia de una identidad ajena a la imagen construida por el europeo y, por ende, la recuperación de las raíces africanas y la rehabilitación de la raza negra. Éste es realmente el contexto en el que se produce la emergencia de figuras como la de Aimé Césaire y de Léon Gontran Damas, en su primera etapa de militancia en el movimiento de la Negritud y, para la Martinica, la Guadalupe y la Guyana, se trata del verdadero advenimiento a una literatura desprendida de los espejismos idílicos engendrados por la visión europea.

Hasta donde sé, además de los trabajos universitarios, poco o nada se ha escrito en español acerca del surgimiento de la literatura antillana de habla francesa. En el mundo

de habla hispana desde Cuba y Puerto Rico se ha estudiado con abundancia y rigor lo surgido en nuestro idioma y, entre tantos ensayos, sobresale el firmado por Antonio Benítez Rojo.¹ El crítico de origen cubano, pero avecindado en Estados Unidos, se acerca prolijamente a la estética caribeña analizando de manera privilegiada las manifestaciones literarias, pictóricas y musicales del Caribe hispano, y donde, salvo alguna insoslayable alusión a Césaire y a otros haitianos clave, la versión en lengua francesa del quehacer literario en ese espacio parece no ameritar ninguna atención especial.

Es aquí donde Sergio juega un papel por demás importante y destacable: poner al alcance del lector hispanohablante la travesía indispensable para entender la especificidad de ese cimarrón francófono que, pese a las muchas afinidades con sus hermanos isleños marcados por los hierros occidentales, tuvo que seguir su propia ruta hacia a la liberación de la palabra. La verdad es que mi asombro ante el casi absoluto desconocimiento de un personaje como Aimé Césaire en nuestro país resulta un tanto ridículo, ya que, en Francia misma, el lector común y corriente rara vez podría hacer algún comentario acerca de la obra de ese francés de ultramar que recientemente hizo correr un poco más de tinta debido a su desaparición de la faz del planeta. Pero conocerlo lo que se dice conocerlo, justamente un acontecimiento como su deceso puso de manifiesto que, con excepción del lector ligado al mundo de la docencia y de la investigación, la obra de Césaire no tiene la difusión que realmente merece, ni mediante la traducción de sus escritos ni a través de estudios y análisis que despierten el interés para acercarse a ella y leerla, que es el mejor homenaje que se le puede hacer.

Aplaudo el que Sergio ponga su granito de arena en esta tarea. El siguiente paso sería buscar la manera de hacer circular en español la obra de este gran caribeño porque, entonces, descubriríamos la vigencia de muchos de sus gritos de protesta ante una sociedad que cosifica al ser humano.

Puntos de anclaje:

El desmoronamiento de una imagen construida desde afuera. El exotismo de Victor Segalen, quien se interroga acerca de “la embriaguez del sujeto al concebir a su objeto; al descubrirse diferente del sujeto; al sentir lo Diverso”.²

La estancia en Francia coloca a Césaire en la posición del que mira al lugareño como exótico y a partir de lo propio, sólo que en la distancia no puede menos que tomar conciencia de que eso “propio” no es como él creía que era o como le habían hecho creer que era. En la distancia, la imagen que emerge de su memoria es la desgarradora que el *Cuaderno... nos pinta con estilo de los “Caprichos” de Goya.*

La figura del rebelde, de la obra de teatro *Y los perros callaban*, la del haitiano Toussaint Louverture, el Calibán de *Una tempestad* o Lumumba en *Una temporada en el Congo* repiten la imagen del cimarrón que no sólo arriesga todo por la libertad sino que profiere el grito de denuncia para que los demás lo escuchen y reaccionen. Grito y palabra que cimbran, que perturban, que estremecen por su verdad y su belleza estrujante.

Laura LÓPEZ MORALES

¹ *La isla que se repite*, Barcelona, Casiopea, 1998 (1a. ed., Ediciones del Norte Hanover, [Estados Unidos], 1989).

² *Essai sur l'exotisme*, Paris, Fata Morgana, 1978 (Poche Biblio Essais LP, 8), p. 43.